



LA GORGONA QUE LLEVAMOS DENTRO¹

Gustavo Viniegra González

De repente, frente a ella apareció el espejo. Era demasiado tarde. Su cara quedó petrificada segundos antes de que le llegase el imparable golpe de la espada. Teseo había de dominar al monstruo mientras las víboras se retorcían, sintiendo su fin sobre la cabeza sangrante. El monstruo había quedado con el grito congelado de horror al verse, ella misma, petrificada a causa de su maléfica mirada. Una vez más, había triunfado la astucia sobre las fuerzas del mal. Así, con la cara espantada, la mirada incrédula y el grito ahogado, la famosa Gorgona pasó a la historia.

Poetas sin número cantaron la crónica, que persiguió a miles de insomnes desprevenidos. Las pesadillas, anticipo de tantas tragedias, fueron pobladas por las imágenes que se destilaron a través de los versos escritos sobre este episodio. Siglo tras siglo, la mirada glacial acompañada de serpientes, apareció en los sueños horripilantes de los culpables y fue un lugar común en las historias de terror, contadas a la luz de las velas. Así, los sentimientos más horrorosos se revelaron en las tinieblas y fueron congelados en los rincones más profundos de nuestra imaginación. Los incubos se volvían súcubos. Eran los diablos profundos que salían a la superficie. Los marineros descubrieron una criatura marina que producía quemaduras en la piel y su cuerpo gelatinoso, translúcido e informe, se movía gracias a la danza acompasada de sus tentáculos. Las llamaron medusas porque pueden matar a los nadadores incautos que pretenden jugar con ellas o que imprudentemente se sumergen en las aguas infestadas por esos monstruos marinos.

La Medusa o Gorgona, está en los sueños de los niños que quieren volverse adultos y los espanta a través de los peligros que imaginan en la intimidad de sus fantasías. Sólo el héroe Teseo puede rescatarnos de sus influencias maléficas y su ejemplo nos invita a paralizarla con el

espejo de nuestra verdad, con la cual contrarrestamos sus maleficios. Lamentablemente, no todos tienen el espejo de la conciencia. Algunos se espantan con su propia sombra y por ello quedan paralizados por los conjuros del Maligno. Otros, simplemente no quieren ver su propia imagen, aquella que les fue contada en sus propios sueños y quedan condenados a vivir sus pesadillas aun cuando estén con los ojos bien abiertos. Otros más, enervados por las pesadillas diurnas, se adormecen con las pociones de plantas mágicas que producen la falsa apariencia de una noche oscura en medio del día brillante y la noche se vuelve una gruta llena de fantasmas. Su confusión es tal que llegan a ignorar si están dormidos o despiertos. Sólo así, en un acto inverso al pecado original, la Medusa se puede congelar en una imagen que será exhibida en la galería de horrores de la historia.

Todos tenemos la bestia dentro, que puede ser noble o inmundada. Las bestias nobles luchan por la vida, aman el juego y la libertad. Retozan con gusto durante el regocijo amoroso y defienden con rabia la vida de sus hijos. Cazan por hambre y no matan cuando están ahítas. Sobre todo, nunca llegarían al fondo del infierno porque nunca comerían la mano que las alimenta. Las bestias inmundas matan por gusto y retozan al ver las muecas del dolor ajeno. Son impotentes y sádicas en el amor. Pueden matar a sus padres, hijos o amigos y llegan a jugar en forma maléfica hasta comerse la mano que los alimenta. De ahí que Dante las destinó a la parte más profunda del Averno. El espejo en que nos vemos puede ser la inspiración de grandes amores o de odios salvajes. Puede ser la fuerza que nos transporte hacia mundos mejores, pero también puede llevarnos al infierno de nuestra propia destrucción. Por eso es indispensable seguir la senda de Teseo, quien, inspirado por Palas Atenea, la diosa de la sabiduría, tuvo la osadía de salir al paso de la Medusa con el espejo de la verdad. ☒

¹ Ensayo inspirado en el retablo de la Gorgona, pintado por Caravaggio (Michelangelo Merisi da Caravaggio nacido en Milán el 29 de septiembre de 1571 y muerto en Porto Ercole el 18 de julio de 1610) y que está en el Museo de los Uffizi de Florencia.

Gustavo Viniegra González (Ciudad de México, 1940). Médico y biotecnólogo mexicano. Profesor Emérito de la Universidad Autónoma Metropolitana en Iztapalapa. Investigador Nacional Emérito. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.